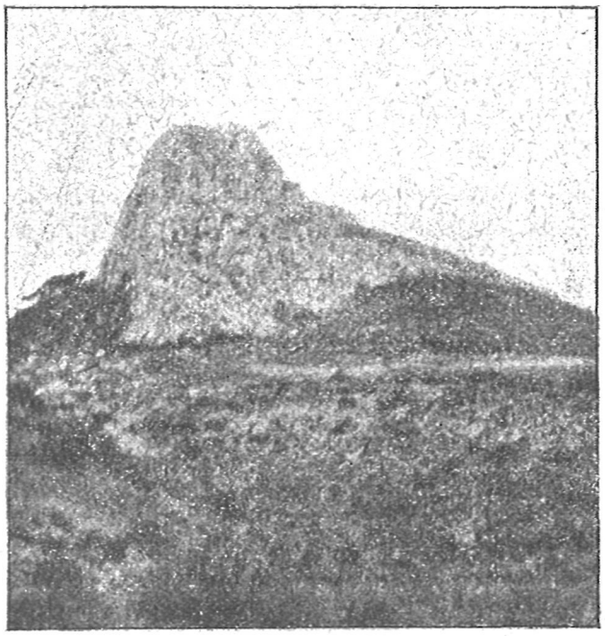
XII

Una fortificación ibérica desconocida

Entre los varios objetos que con frecuencia pasan por este Instituto de 2.ª enseñanza de Alicante, para su estudio, trajeron una colección de barros ibéricos, y con ellos vino una atenta invitación del dueño del lugar del hallazgo don Alfredo Lamaignere y de su hermano don José para que fuésemos a verlo. Aceptado esto, nos trasladamos allá en unión de los citados señores, el director del Instituto, don Antonio Valero; el profesor de Historia Natural, don Daniel Jiménez de Cisneros, y el que suscribe, y allí se nos reunió el ilustrado cura de Torremanzanas don José Belda, descubridor del yacimiento.

Se trata de un cerro aislado en medio de un valle y una pequeña llanura ocultos entre un circo de montañas; está a unos 15 kilómetros y medio de Jijona y a uno y medio del pueblo de Torremanzanas, alcanzando en su cumbre una altitud de 1.020 metros y conocido con el nombre de Peña de Caro-chita, con el que le ha denominado su propietario. Tanto por el lugar de su emplazamiento, en medio del núcleo orográfico, que constituyen los macizos de las sierras Aitana y Carrasqueta, al que los romanos rodearon con la *vía Herculea,* sin penetrarlo, como por la disposición de la Peña, que es muy escarpada por tres lados y con difícil acceso por el otro, demuestra ser un admirable punto estratégico de defensa para los habitantes del valle (Fot. 1.ª)

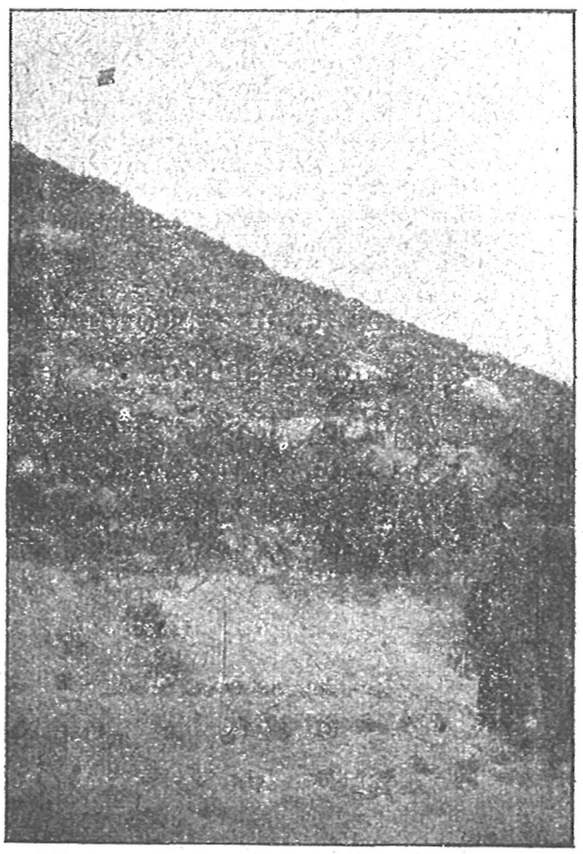
De que los iberos lo utilizaron como tal, no cabe duda ninguna, cuando con tanta profusión se encuentran sus barros típicos, que la casualidad no pudo de ninguna manera llevar allí, y cuando se observan en la subida restos de murallas escalonadas, que aunque casi arrasadas por el arrastre de las aguas o por un deliberado propósito de destruír la fortificación, se conocen en los cimientos que quedan en pie en el lado O. y en las grandes piedras caídas en lugares adonde no parecen haber sido arrastradas naturalmente. (Fot. 2.ª)



Fot. 1.ª—Perfil de la Peña.

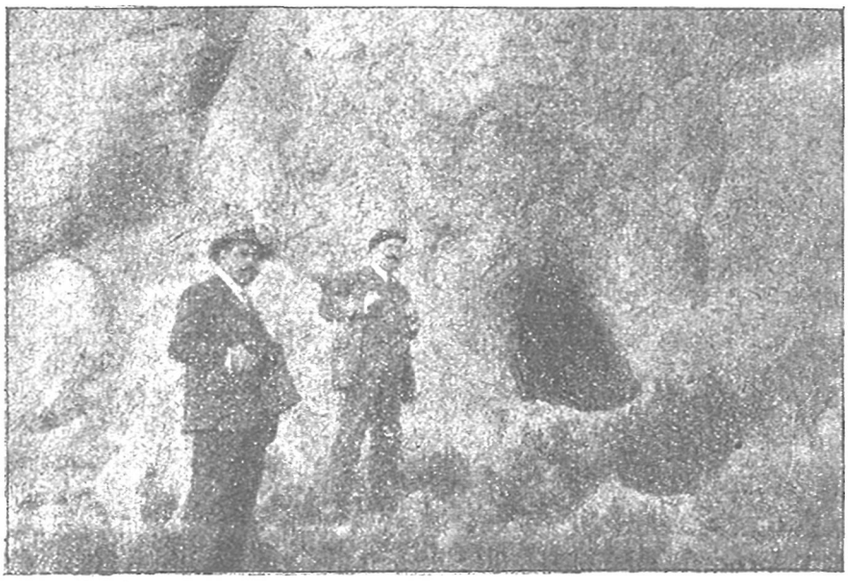
Punto más difícil de esclarecer es, si la Peña fué morada habitual o si sólo se utilizó accidentalmente en los momentos de peligro o de temor. Hay en la cuesta dos cavernas naturales, que, aunque ocupadas por los detritos, se ve que pudieron servir de guarida; al lado de una de ellas se ha excavado en la roca viva un hueco de un metro cúbico aproximadamente, que pudiera haberse utilizado como horno primitivo (Fot. 3.ª) y se han encontrado trozos de un molino ibérico.

Hay también en la subida una grieta natural entre las



Fot. 2.ª—Restos de fortificaciones escalonadas de origen ibérico.

rocas, bastante ancha para dar paso hacia un interior, hasta ahora inexplorado, y en cuya boca se descubrió, según referencia de los lugareños, un esqueleto que reposaba sobre car-



FOT. 3.ª Entrada de una de las cavernas donde está excavado el horno (?) y se han encontrado trozos de un molino ibérico.

bones; y se encuentra, por último, en la cumbre de la Peña, una oquedad, de fondo también inexplorado, cubierto de escombros, que pudiera haber servido de receptáculo de aguas, que alentasen la última defensa o de galería de escape, comunicada con la grieta antes dicha o con otra, que se abre sobre el abismo por la parte opuesta. No se descubren restos de habitaciones alineadas al estilo que se ven en otros poblados ibéricos. Si los hubo, fueron de chozas, cuyos cimientos o zócalos de piedra arrastraron las aguas o se encuentran en la ladera accesible, cubiertos por escombros de modo que sólo pueda hallarlos la excavación sistemática.

La civilización de los pueblos, que en cualquier concepto utilizaron la Peña, se descubre en la serie de tiestos que allí dejaron y en los pocos objetos que los acompañan. Primeramente un buen número de hachas neolíticas (referidas por todos, aunque por nadie conservadas), junto con unas sierras y unas puntas de flecha de pedernal, con fecha sin duda anterior al 2500 a. de J. C., a cuya época o a otra poco posterior

deben pertenecer también unos trozos de barro amarillento, ennegrecido por el tiempo, sin huellas de torno y con un cernido tan imperfecto que aparece mezclado con piedrecitas, granos de arena gorda y otras impúrezas.

A la Edad del Bronce o quizá a la primera del hierro (2500-900?) parecen pertenecer unos barros de color moreno o negro intenso al interior con mejor cernido, si bien todavía se le encuentran granos de arena gorda y hojas de mica. La masa se ha mezclado con carbón pulverizado y se ha moldeado imperfectamente con torno, terminándolo con un cocido a baja temperatura. La superficie exterior adquiere brillo por frotamiento y no hay señales de adorno, como no sea un borde cruzado por rayas transversales a punzón y otro revestido de salientes moldeados con los dedos. Poco posteriores, a juzgar por el carácter arcaico del barro, deben ser unos trozos de barro amarillento y rojo en los que las incisiones de rayas transversales dan la vuelta al borde y a una banda inferior.

Las épocas del hierro (Hallstatt y Tene, 1000 a 300 a. de J. C.) se caracterizan por una serie de vasos rojos y amarillos de color uniforme o de un color más rojo al exterior efecto de un baño de arcilla antes de la segunda cocción, baño que se ha aplicado también al barro carbonoso, según se ve en otros restos. Hay muchos ornamentados con franjas pintadas de rojo fuerte al estilo de los vasos de Andalucía, bordeadas a veces de líneas más claras y otros con motivos de arcos concéntricos; pero en ninguno he visto la decoración vegetal, que parece propia de esta región ni arte especial que merezca ser mencionado. Como todos los de su especie, parecen tener relación, por el adorno geométrico, con la escuela ática de Dipylon y puede decirse que se asemejan a la cretense de Mulianá por no ocupar el adorno más que la parte alta de los vasos.

La importación griega de los siglos VI o V puede apreciarse en los restos de un vaso con esmalte negro brillante, hecho sin duda con un fundente (arena cuarzosa y carbonato de sosa) mezclado en partes iguales con un colorante (magnetita) en lugar de ser hecho con el sesquioxido de hierro que em-

pleaban los iberos, así como en otro resto de vaso amarillo, cuyos adornos de círculos concéntricos están hechos con el mismo esmalte; y quizá muestre también la influencia griega un adorno de una piña en relieve con una cara plana como si hubiese estado superpuesta en un vaso, al estilo de los adornos de aplicación que se usaron en algunos vasos griegos desde el siglo VII.

Completan la relación de barros otros muchos pedazos amarillos o rojos, varios con asa, unos con baño de arcilla y otros sin él; pero todos, al parecer, de la última Edad del Hierro. Algunos trozos han sido agujereados con un objeto que desconozco.

Al llegar a este punto de fines del siglo III o mediados del II, o sea con la invasión romana, cesan los restos de civilizaciones en la Peña de Caro-chita para continuarse en otros lugares más próximos al pueblo de Torremanzanas y más llanos, a unos 200 metros por la parte del SE. En estos lugares, no visitados por mí y sólo noticiados por las referencias del sacerdote don José Belda y por los barros que nos mostraron, faltan los de tipo arcaico, encontrándose solamente los rojos o amarillos más perfeccionados, pintados o no, juntos con otros finos de barro negro ahumado y con los típicos romanos de *terra sigillata* (barro saguntino) en uno de cuyos trozos he podido comprobar dos rayas cruzadas al modo de las señales que los soldados romanos solían hacer en sus cacharros de uso personal.

La deducción que yo hice de todo lo visto y referido es que la Peña de Caro-chita fué utilizada por los iberos como lugar fortificado, desde el período neolítico hasta la invasión romana, y que, cuando este pueblo civilizador pudo asegurar su conquista, la Peña fué abandonada de grado o por fuerza, quizá destruyendo violentamente sus defensas, y sus habitantes fueron a establecerse en la llanura, tal vez bajo la vigilancia de un destacamento romano para evitar rebeliones, amparadas en un macizo orográfico tan temible.

Es una hipótesis que los descubrimientos posteriores confirmarán o destruirán. Afortunadamente don Alfredo Lamaignere, dueño actual de Caro-chitá, es persona muy culta, inte-

resada en descubrir el misterio de la vida primitiva que se desenvolvió en su propiedad, y los hallazgos arqueológicos no se perderán en esta ocasión, como sucede en tantas otras, sino que serán debidamente coleccionados y estudiados.

José Lafuente Vidal,
correspondiente.